

sueños, solidaridades y heroísmos.

En aquella Ciudad Real mucho más real se imponía el conformismo consumista de una emergente clase media de burócratas y nuevos especuladores urbanos sin escrúpulos que no dejaban de mirar con recelo todas esas ideas peligrosas que venían de fuera y que podían poner en peligro el estatus social. El temor a los cambios y la tradicional mentalidad franquista que tantos esfuerzos había hecho por equiparar las palabras política, democracia, movilización o libertad con desorden y caos, aconsejaba alejarse de lo innovador y desterrar por aburrimiento a los inconformistas.

El prestigio o reconocimiento social se encontraba en el traje o vestido que se estrenaba los domingos, el bar o terraza que se frecuentaba, la velocidad que alcanzaba el coche, los dígitos de la cuenta bancaria, el empapelado del piso o la vajilla de plata que se escondía tras la vitrina del mueble del salón. Las pretensiones culturales o artísticas raramente sobrepasaban el gusto por esa edad de Oro y Plata tan manoseada por el rancio nacionalismo imperante. El gusto por la crítica o las nuevas expresiones culturales quedaban relegadas a la incompreensión, el descrédito o la mofa.

Nino Velasco retrataba en su texto la nada, porque pocas eran las expresiones culturales que reflejasen la vida contemporánea en Ciudad Real. Quizás los vacíos del pasado explican ciertas inercias del presente. Ojalá su recuerdo también sirva para reclamar la necesidad de romper con los estigmas paralizadores de ese pasado y reavivar los todavía reducidos espacios de crítica del presente. ■

[LENTAMENTE, por Francisco Javier Naharro Arteche] Qué bien refleja Nino Velasco la situación socio-económica-cultural de Ciudad Real en el año 1979. Su libro Ciudad Real, mi amor,

gies repetidas de Marylin Monroe, botellas de refrescos o automóviles.

Que te indilguen hoy una conferencia sobre la obra poética de Alberti, pongamos por caso, es admisible (e incluso necesario) a modo de información sobre una manifestación cultural de hace medio siglo; pero si sólo se producen sucesos culturales de ese tono, o una mayoría de ellos va por ese camino, tal situación indica que hay un desfase entre el grupo social vivo donde tienen lugar esas manifestaciones y la cultura que produce o usa.

Desde que Alberti resultaba fructífero hasta nuestros días, han pasado muchas cosas, y esas cosas no parecen interesarle a nadie en nuestra ciudad como suceso cultural. Se sabe que existen chupachups, por ejemplo, o bólidos de Fórmula 1, pero a poquísimos de nuestros conciudadanos se les ocurre pensar que **eso es un fenómeno cultural**, ni mucho menos utilizarlo como material de creación plástica, literaria, etc. En otros lugares se ha hecho y se está haciendo, ¿por qué aquí no? ¿Por qué las manifestaciones culturales más vigentes no son aceptadas? Estimo que concurren tres circunstancias para ello:

1— La Ciudad no ha alcanzado todavía un grado de desarrollo socioeconómico equivalente al de las sociedades urbanas más relevantes y, por lo tanto, no se dan las mismas circunstancias que en ellas, de tal modo que los intereses culturales se han quedado detenidos en manifestaciones de otra hora al no producirse incentivos vitales distintos.

2— Como consecuencia de esto, se valoran las preceptivas culturales de hace cincuenta o cien años, de forma que las nuevas aportaciones no son comprendidas, ya que se basan en esquemas teóricos y formales sobre los que se tiene poca información.

El caso más flagrante lo constituyen, tal vez, las artes plásticas. La gente, educada en una estética de hace un siglo, no puede asimilar corrientes que están fuera de esos presupuestos. Lo mismo ocurre con relación a la literatura: el ritmo medido de la poesía del pasado, al que se está habituado, impide la comprensión correcta de la obra de ciertos poetas actuales, cuyo trabajo es, sobre todo, una reflexión libre o un grito.

3— Por último, **se mitifica** la cultura, fenómeno que se entiende aún desde perspectivas románticas. Toda manifestación cultural que no tenga una **aparición trascendente clara**, se desestima como producto digno de atención, o al menos se le sitúa en una categoría poco airosa. Puede admitirse así, como mercancía cultural, la pintura de un crepúsculo en la llanura manchega, pero no un cuadro donde se ha representado un bote de sopa preparada, sin que nadie pueda explicar por qué un bote de sopa es algo menos trascendente que un crepúsculo. Dado que las manifestaciones culturales más recientes tienden a valorar **lo común**, las cosas consideradas hasta ahora como más triviales, el desprevenido usuario de este tipo de cultura reacciona negativamente. Del mismo modo, resulta difícil que alguien pueda situar a un mismo nivel de calidad o "profundidad" una película de Woody Allen, por ejemplo, que otra de Luchino Visconti, ya que Woody Allen trabaja con materiales comunes que no parecen elevados. Sin embargo, no es más o menos superficial o profundo que el realizador italiano.